

Número: Las metamorfosis políticas y culturales del posfascismo

Editorial: Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática

Editorial: A new Leviathan. The reactivation of anti-democratic barbarism

DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28393

Referencia

Editorial (2024). Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 7, 1-12. DOI: 10.7203/con-cienciasocial.7.28393

El pasado solo habrá sido superado el día en que las causas de lo ocurrido hayan sido eliminadas. Y si su hechizo no ha sido roto hasta hoy, es porque las causas siguen vivas. (Th. W. Adorno. *¿Qué significa superar el pasado?*, 1959)

Vivimos en una época harto extraña. Comprobamos, asombrados, que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie. (S. Freud. *Moisés y la religión monoteísta*, 1939)

Moisés y la religión monoteísta es obra de un Freud exiliado a causa de los desmanes racistas antijudíos del III Reich, un hombre sin esperanzas que, en las postrimerías de su existencia, entre 1934 y 1938, reflexiona amarga y terminalmente sobre el significado de su tiempo. Traemos a colación esa cita porque diagnostica y compendia con sencillez el horror padecido en el devenir de lo que hoy venimos en llamar “era de las catástrofes”. En efecto, el contubernio entre civilización y barbarie, entre refinada cultura y violencia homicida sin freno, constituye el haz y el envés del ciclo histórico que presencia el primer auge del fascismo en todo el mundo Occidental.

El parto de los totalitarismos fue en su día la manifestación más aguda y superlativa de eso a lo que aludía Thomas Hobbes, en su obra más célebre, como “ese gran Leviatán que llamo república o Estado”. Causa no poca perplejidad que en el siglo XVII se tomara a Leviatán, monstruo bíblico de las profundidades marinas, a modo de título de un enjundioso ensayo de teoría del poder, en que se postula, entre otras recomendaciones, la sumisión voluntaria de los individuos a un ciego imperio de la razón de Estado. Esa magna obra fue el espejo donde se miró el absolutismo de la época, pero también constituye el amanecer y hontanar de la ciencia política de la modernidad. Desde entonces no han cesado las especulaciones que tratan de interpretar el buen gobierno de la cosa pública como la coexistencia del consenso y la violencia, del consentimiento de la ciudadanía y la coacción mediante la fuerza física y simbólica del poder institucional.

La era de los fascismos, coincidente con la irrupción de las masas en el espacio público abunda hiperbólicamente, desde la esfera de la teoría y la práctica políticas, en esa herencia “realista” hobbesiana (y de otros linajes), asentada en el matrimonio de conveniencia entre voluntad de obediencia y la autoridad pública, que actúa como deseable balanza de un equilibrio social deseable, aunque prácticamente imposible gracias a la entropía e incertidumbres inherentes a las sociedades capitalistas. Desde finales del siglo XVIII y hasta la Gran Guerra de 1914 se desplegó en Europa y América la experiencia de regímenes de representación parlamentaria al dictado del liberalismo, la nueva doctrina política burguesa que, en un principio, abre grandes perspectivas, si bien enseguida se van cerrando merced a un vuelco reaccionario dado en respuesta al desarrollo del movimiento obrero y del pensamiento socialista. De esta suerte, ya entrado el siglo XX esos dos continentes de pensamiento, liberalismo y socialismo, con sus muchas variantes y matices territoriales e ideológicos, se erigen en las opciones políticas partidarias más sustantivas dentro del espacio marcado por unos sistemas de poder institucionalizado que ensayan, con desigual entusiasmo y éxito, el estiramiento de la representación formal de la ciudadanía hacia formulaciones más abiertas y democráticas. En ese contexto, se producen intentos de revolución social y superación del capitalismo que solo acaba triunfando en Rusia en 1917. La Guerra Mundial de 1914 y el miedo a la revolución soviética marcan el signo de unos tiempos convulsos que convierten al periodo de entreguerras en el momento de quiebra mayoritaria en Europa de los modelos de representación parlamentaria hasta entonces vigentes. Su erosión se plasma en el ascenso del movimiento fascista, que encarna un nuevo ciclo de pensamiento contrarrevolucionario. Frente al conservadurismo integrista de signo más

bien religioso nacido a raíz de la Revolución francesa, el nuevo autoritarismo representa una constelación ideológica que podría llamarse “revolución conservadora”, o sea, una suma de contrarrevolución más dictadura totalitaria. Su éxito en Italia y Alemania llena una etapa de auge del autoritarismo de extrema derecha que llega hasta su derrota en la Segunda Guerra Mundial. Después de la calamidad bélica el fascismo se difumina y fragmenta en grupúsculos testimoniales, pero después de la caída de la Unión Soviética y en pleno auge de un capitalismo global, renacen formas de “fascismo” muy variadas que van de lo que algunos han llamado “posfascismo” hasta “neofascismo” u otras calificaciones, esto es, movimientos políticos derechistas sumamente reaccionarios y autoritarios que se presentan bajo múltiples formas de populismo identitario y nacionalista. Intuitivamente todo el mundo parece saber lo que dice cuando denomina “fascista” a alguien o a algo, si bien, más allá del impropio, la teoría política crítica ha de distinguir e historizar y, por tanto, no cosificar el significado pasado y presente de una especie de autocracia política y contrarreforma cultural que en cada época adquiere perfiles propios y responde a necesidades nuevas, no en vano las sociedades occidentales de hoy no son iguales a las de hace ocho o nueve décadas.

De ahí que, en realidad, como se muestra en algunas de las colaboraciones de este número de *Con-Ciencia Social*, el fenómeno fascista ha sido y es objeto de una aguda polémica a la hora de señalar lo que sea la “cosa” y el vocablo que la nombra. Podemos decir que el consenso historiográfico posterior al final de la Segunda Guerra Mundial ha quebrado y en el presente existe un rico debate historiográfico generado por una corriente revisionista conservadora que ha conseguido de algún modo disgregar el análisis histórico del estudio del fenómeno en su conjunto como uno de sus grandes logros. Esto, bien empleado sirve para matizar y ampliar algunos aspectos desconocidos en el pasado, es el caso del concepto de “fascistización” para definir al franquismo en su primera etapa; pero, en otros, también puede ser usado para quitar hierro o maquillar, dentro de las historias nacionales, regímenes criminales surgidos al calor de un fenómeno que tiene una indudable dimensión europea y global. En su día el fascismo fue una especie de tendencia emergente que aparecía compuesta de un movimiento-partido, una ideología y una praxis contrarrevolucionaria y antidemocrática, mientras que hoy se alimenta de nuevos retazos de guerra cultural y se inserta en un nuevo tipo de capitalismo (el totalcapitalismo), en el que las formas de dominación se verifican a través de una refinada “ingeniería del sometimiento”, que busca su mayor nicho y soporte en las redes de información digital.

Desde hace tres décadas, vivimos a escala mundial (cierto que en España con algún retraso) la reaparición y comparecencia en el espacio público de unos personajes, ideologías y organizaciones que señalan a la democracia liberal y al sistema económico capitalista mundializado como enemigos del pueblo y de su cultura nacional. Precisamente del significado y alcance de tal fenómeno que hoy invade nuestras vidas tan acuciosamente trata este número de *Con-Ciencia Social*. El Leviatán capitalista ha creado en su seno una criatura monstruosa, que, en nombre de la defensa de la identidad nacional robada y de la pérdida del bienestar de cada pueblo, pone en peligro las conquistas sociales y los derechos humanos (especialmente de mujeres y emigrantes) logrados tras un largo camino reivindicativo de los movimientos de orientación izquierdista. Estamos, pues, en pleno ciclo de resaca conservadora que ya lleva tres décadas en la palestra, colonizando las actitudes mentales de las derechas templadas y obligando a las izquierdas a una acción reactiva que a veces pasa por proteger una democracia representativa que deberían otros defender con más ahínco. Esa posición pasiva y defensiva se muestra impotente para afrontar las terribles consecuencias del totalcapitalismo (un sistema mundial que gobierna a través de la subjetividad y la “libre” conversión de las personas en mercancías y en consumidores) sobre el tejido social que deshace al trabajador tradicional y al movimiento obrero. De ahí la falta de proyectos estratégicos de izquierda, excepto las ocasionales proclividades de algunas personas y organizaciones hacia declaraciones dogmáticas reafirmativas de un pasado que ya no regresa, denominado informalmente como “rojipardismo”. Así, entre la incredulidad, la decepción y la melancolía, los movimientos de izquierda en el mundo occidental han recalado en el puerto seguro de no perder lo ya obtenido. O sea, en una suerte de resistencia a la defensiva, pragmática y posibilista. Como dice, Francesco Lippi en la entrevista que se le hace en este número: “la izquierda se avergüenza de su pasado mientras que la derecha se enorgullece”.

La historia humana no posee un diseño preexistente y una meta final. Los procesos sociales y políticos no caminan siempre en la misma dirección. La sorpresa que ha acontecido ante el panorama del renacimiento ultraderechista nos indica que nada está garantizado y ninguna de las conquistas sociales tiene el sello de la inmortalidad. Tras la dictadura franquista, los que la vivieron creyeron que no volvería a suceder y los que nacieron durante el régimen del 78 llegaron a creer que los derechos constitucionales eran inamovibles, eran derechos adquiridos. Lo cierto es que ninguna coyuntura histórica se repite, aunque son innegables algunas semejanzas entre la era fascista de entreguerras y la coyuntura ultranacional-populista de nuestros días.

Ciertamente, lo que en nuestros días suele englobarse dentro de las etiquetas que van de posfascismo a neofascismo u otras constituye un mosaico de teselas muy heterogéneas que se rige por la amalgama de un amasijo de ideas, creencias y organizaciones (desde youtubers y redes sociales hasta partidos políticos convencionales). Todo ese caldo de cultivo bulle en las redomas encantadas de las noticias falsas, el sensacionalismo y, en suma, en una espectacularización escandalosa y narcisista de la vida y una estetización de la acción política (incluido el culto a la violencia). Frente al tradicional racismo antijudío, el escuadrismo paramilitar de la organización y el totalitarismo del fascismo originario, ahora se carga el acento en el nativismo xenófobo, el antifeminismo, la islamofobia y lgtbiq+fobia, el populismo nacionalista, el fundamentalismo bíblico, el dogmatismo más grosero. A menudo, como hacía Unamuno en su tiempo, se toma el fenómeno como una inmundicia intelectual y una opereta bufa protagonizada por jaurías de dementes. Pero antaño como hogaño sería una frivolidad tomar el rábano por las hojas y suponer que la esencia del reactualizado monstruo que nos amenaza reside en la grotesca teatralización de la política propia de seres desquiciados, ignorantes, supersticiosos y violentos, carentes, en fin, de la más más mínima solvencia intelectual. Craso error porque el nuevo Leviatán tiene como centro la lucha de ideas y el logro de la hegemonía cultural (algunos dirigentes de la nueva derecha no desconocen el concepto de hegemonía de Antonio Gramsci), que conlleva una infraestructura institucional, dentro y fuera de los canales de la red de redes, de grupos de presión y *think tank*, que construyen y difunden narrativas “alternativas” a las verdades asentadas por las ciencias naturales y sociales. Este fenómeno denominado como gramscismo de derechas tiene su epicentro en el desarrollo de la *nouvelle droite* (nueva derecha) francesa y ha influido enormemente en la configuración del Frente Nacional, actualmente Agrupación Nacional, liderado por Marine Le Pen. El modelo del Instituto de Ciencias Sociales, Económicas y Políticas que estos abrieron en Lyon es el que inspira la Fundación Disenso creada por Vox y otras similares como la Fundación Gustavo Bueno, que hacen de este fenómeno una compleja trama política, social, intelectual y económica que nos obliga a tomar precauciones a la hora de entender la complejidad del fenómeno. Tanto es así que, desde hace unos años una parte no despreciable de la intelectualidad antifranquista ha quedado en la órbita, más o menos próxima, de la versión española de la actual extrema derecha. Este nomadismo es propio del transfuguismo de nuestra época.

De lo que se infiere que la anatomía y fisiología sociales de la actual comparecencia parafascista no puede explicarse al margen de los dispositivos de

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática dominación que, parafraseando a M. Foucault, se componen de formas discursivas y no discursivas de organizar el poder a través de la interiorización subjetiva de ideas, hábitos y creencias emanadas de un capitalismo más invasivo de la vida humana que nunca (el totalcapitalismo). Sería vano pretender, excepto quizá para el epifenómeno llamado “rojipardismo” (de noche todos los gatos son pardos), que detrás de los movimientos posfascista habite la más mínima pulsión revolucionaria. Como sus ancestros nazifascistas, nunca su anticapitalismo pasó del área del discurso y del recurso retórico ad hoc. Lo que hoy como ayer brilla como intención más segura es el debilitamiento de la democracia y los avances sociales y de género conseguidos en otros tiempos. Con razón advertía Adorno, en una conferencia dada en la Universidad de Viena en 1967 y titulada “Rasgos del nuevo radicalismo de derechas”, sobre la manifestación de los nuevos populismos de derechas. En ella ponía el acento en la demagogia, cuando no la divulgación de las más burdas mentiras, como correa de transmisión y propaganda principal de este fenómeno. Advirtiéndolo, finalmente, a sus potenciales seguidores de que las consecuencias de esta forma de entender la política “arrastra irremisiblemente al desastre”.

En una palabra, el mandato de que Auschwitz no se repita, el “nunca más”, que después de la Segunda guerra Mundial inspiró las políticas educativas y las ideas progresistas, está más en peligro que nunca. La utopía tecnológica y posthumanista ha devenido en una cacotopía espantosa a través de la “algoritmocracia”, la “infodemia” y la desvitalización de la vida pública y privada, dentro de la que la extrema derecha renacida ha encontrado un benéfico nicho ecológico. Por añadidura, hay otros dos aspectos dignos de mencionar: la reinvención y reciclaje de un pasado glorioso de la comunidad nacional de pertenencia y el uso de la familia y la escuela como plataformas de afianzamiento de las nuevas verdades.

La reconstrucción mítica del pasado ha sido pieza clave y concomitante en el ascenso del fascismo. Se expresa tal fenómeno a través de lo que se ha llamado revisionismo historiográfico, que se sostiene en dos pilares: la cirugía embellecedora de las experiencias fascistas del siglo XX y la recuperación de la ensalada de mitos fundacionales de la nación. En general, esta obra revitalizadora de la mitología se embadurna de una mirada nostálgica hacia el pasado glorioso, como ocurre en España con la repesca de la crítica de la Leyenda Negra o la recuperación patrioter y edulcorada de los hitos nacionales del primer Estado liberal. Por lo demás, el fascismo no funciona sin nacionalismo y el orgullo de ser español, alemán, sueco, indio, etc., características que, junto a unas gotas de religión si viniera al caso, constituyen la horma de unos

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática movimientos que en plena era de la globalización se expanden cual epidemia contagiosa y amenazante. Lo peor de lo que nos está pasando es que no se trata de un mero capricho de descerebrados hooligans, sino que en su trasfondo está habitado por un profundo cambio de ciclo histórico ante la crisis del Estado liberal-nacional. Acompañado por una evidente transformación generacional que, como si fuera un corcel desbocado, no acabamos de comprender y embridar mediante el repertorio mental reivindicativo y las formas de lucha características de las generaciones que hicieron o fueron hijas de la transición política española iniciada tras la caída de la dictadura.

Desde luego, no hay pócimas milagrosas para atender a tal dolorosa situación, aunque a menudo se oigan muchas voces que señalan a la educación como el remedio de todos los males de la vida social, como si las sombras del posfascismo pudieran ser repelidas y derrotadas acudiendo mera o principalmente a la modificación del currículum escolar y la reordenación legislativa. La experiencia histórica del pasado evidencia que las mentalidades sociales no siempre conciertan con los regímenes políticos, no necesariamente desfilan con el mismo pie y al unísono. Este asunto interesa muy especialmente a los autores y destinatarios de una revista como la nuestra hecha por docentes y dirigida preferentemente al profesorado de talante crítico antihegemónico. La lógica y tempo de los sistemas educativos no es una copia de los regímenes políticos imperantes y es más cierto que continuamente se producen desajustes y desfases temporales entre los principios inspiradores de la educación institucionalizada y los valores reinantes entre grupos sociales y de edad. Así ocurrió en España entre el sistema educativo del tardofranquismo ampliamente superado por la movilización del profesorado y el desafecto del estudiantado. Hoy, en plena expansión reproductiva del modo de educación tecnocrático de masas, hay un nuevo y esta vez peligroso *décalage* entre los valores enunciados por las normas educativas y los sustentados por una nada despreciable parte del alumnado atraído por ideas y actitudes regresivas (esquirlas de pensamiento fascista, machismo, nostalgias de un pasado no vivido, etc.). Si a tal estado de cosas sumamos el papel de la familia como correa de transmisión de una memoria banal del pasado multiplicados por el acceso de las gentes más jóvenes a los ruidos y distorsiones de las redes sociales, entenderemos que la posmemoria (el recuerdo de una época no vivida) incurra a menudo en la irrelevancia cuando no en el memoricidio e incluso en la conversión del horror fascista de los años treinta en souvenir y merchandising.

Ante tal estado de cosas al término de este editorial hemos de hacer una apelación al profesorado y todos los agentes intervinientes en la vida de los centros educativos

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática contra los dispositivos mentales, los sistemas de circulación e información y las formas de inculcación fascistoide que llegan cada vez más al sistema escolar. A tal fin, incluso sabiendo que la interiorización de valores no es cosa solo ni principalmente de la educación formal, ni siquiera de la familia, es preciso no olvidar que Fedicaria posee un acervo de ideas y experiencias sobre lo que entendemos por didáctica crítica, aquella que problematiza el presente pensando históricamente, esto es, aquella forma de enseñanza que acude a la memoria de las luchas por la emancipación y contra la barbarie. A tal fin, es deseable que el espacio escolar sea realmente un espacio de deliberación democrática acerca del presente y del pasado, un lugar público de historia con memoria, que reelabore constantemente una posmemoria hija del conocimiento científico acumulado y la experiencia del sufrimiento de las generaciones de hoy y de ayer. Todavía hoy el imperativo de "pensar en Auschwitz", el mandato de "nunca más", ha de regir una enseñanza poseída de instantes, a modo de cortacircuitos, de pensamiento crítico, capaz de afrontar la dialéctica docentes/discentes no como una mera inculcación sino como un redescubrimiento compartido de lo que nos está pasando, problematizando nuestro mundo y nuestras propias ideas. Para ello no basta con cambiar programas y sistemas de formación del profesorado o meras reordenaciones disciplinarias de la educación. El ascenso del nazismo trajo dentro de la Teoría crítica de la Escuela de Fráncfort el estudio sociológico de la mentalidad autoritaria y las pulsiones libidinales que llevan al individuo a integrarse en un universo de ideas aberrantes similares a las que la marea posfascista promueve en nuestros tiempos. Todo ello, claro está, sin olvidar por un momento que la profesoras y profesores críticos han de integrarse en formas colectivas de resistencia contra la incivil regresión y brutalidad que nos amenaza porque esta no es más un problema colectivo que psicológico e individual. El nuevo Leviatán no puede ser derrotado si las fuerzas de resistencia se atomizan o convierten en un mero asunto partidario. Las tradiciones sociales críticas herederas del marxismo, del anarquismo, el feminismo y las luchas anticoloniales todavía hoy nos ofrecen muchas ideas adonde acudir. Porque, parafraseando a Th. W. Adorno, la primera exigencia de una educación crítica dirigida a la emancipación personal y colectiva, es que la barbarie no se repita.

A partir de estas ideas matrices hemos planteado una revisión colectiva del concepto histórico de fascismo, de sus mutaciones y de su crecimiento exponencial en

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática nuestras sociedades líquidas. El objetivo de este monográfico es el de aportar textos analíticos que puedan contribuir, por un lado, a complejizar el fenómeno y, al mismo tiempo, a poner el foco en sus riesgos en sociedades eminentemente fragmentadas e individualistas y sin los resortes colectivos y democráticos engrasados lo suficiente como para detener drásticamente el fenómeno. Los factores que inciden en el auge de dicho fenómeno son múltiples y variables. Se sustentan en la demonización de los derechos sociales y de lo comunitario al tiempo que ponen sus expectativas regeneradoras en el ámbito de las prácticas autoritarias, del ultranacionalismo y de la crítica a la inmigración y al feminismo.

En el apartado de artículos dedicados a la temática del año incluimos cuatro contribuciones que problematizan sobre alguno de estos procesos. El monográfico se abre con un texto de Edgar Straehle que analiza los usos ideológicos del concepto de leyenda negra en el ámbito del giro historiográfico ultranacionalista que nutre buena parte de la comunicación histórica: blogs, podcasts, libros de divulgación, etc., y que al mismo tiempo nutre de memorias imperionostálgicas a las extremas derechas. Le sigue una reflexión de nuestro compañero Jesús Ángel Moreno sobre las dinámicas y las transformaciones que está provocando en nuestras sociedades, y también en nuestras nociones sobre lo político o la cultura, el estadio de aceleración actual del capitalismo. El texto también se detiene a valorar la influencia de la “ingeniería del consentimiento” y el papel que está desempeñando el “capitalismo de vigilancia” en la implantación de modelos postdemocráticos. La siguiente contribución, de Jesús Romero Morante, María Louzao Suárez y Daniel Macías Fernández, se detiene a valorar la noción de populismo en la enseñanza crítica de las ciencias sociales. El artículo surge del interrogante en torno al papel de la educación en los horizontes populistas abiertos recientemente. La propuesta incide en incluir el populismo como agente desestabilizador interno a los propios sistemas democráticos y en poner el foco educativo no sólo en las manifestaciones, sino en las causas de los fenómenos. Cerramos esta sección con una vasta entrevista que realizan Matteo Tomasoni y César Rina Simón al historiador italiano Francesco Filippi, uno de los intelectuales que más ha abordado la memoria del fascismo en Italia y la imagen que sigue teniendo Mussolini en la sociedad y en la práctica política. Se trata de la entrevista más amplia que se ha realizado hasta la fecha a Filippi. Publicamos el contenido en castellano e italiano para facilitar su divulgación y por el interés que con seguridad despertará en Italia.

Este número también viene nutrido de un buen conjunto de apuntes críticos representativos de lo que se está debatiendo y publicando en la actualidad. Los dos

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática

primeros apuntes tienen la pretensión de clarificar —o complejizar— el concepto de fascismo y su uso tanto en el ámbito historiográfico como en el político, educativo y cultural. Así, el de la historiadora Giorgia Priorelli analiza dos sintéticas pero influyentes obras que han tenido además amplia circulación y repercusión: *Quién es fascista* de Emilio Gentile y *Las nuevas caras de la derecha* de Enzo Traverso. Por su parte, Magdalini Fytli aborda los conceptos de fascismos y sus usos contemporáneos a través de la obra *Ellos, los fascistas. La banalización del fascismo y la crisis de la democracia* de Javier Rodrigo y Maximiliano Fuentes, haciendo hincapié en la funcionalidad y larga duración del término. El tercer apunte, firmado por David Corchado Guillén, dialoga con uno de los libros que más repercusión han tenido en el último lustro en el análisis de las extremas derechas, *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*, de Steven Forti, a medio camino entre el ensayo y el manual de combate ideológico. El autor incide en la onda expansiva que consiguen las extremas derechas en los nuevos medios de comunicación y en el papel determinante que jugará la escuela para frenar estas dinámicas. Los siguientes apuntes críticos ponen el foco en las narrativas de los neo-pos fascismos en España y el eco que están alcanzando sus propuestas ultranacionalistas, nostálgicas e intolerantes en nuevos espacios sociales. El trabajo de Vicente Pérez-Guerrero presta atención al estado actual del nacionalismo español aplicando el enfoque del “nacionalismo banal” y de prácticas desde abajo que propiciarían, prácticamente sin ser detectadas, la acentuación de la nacionalización en torno a determinados valores marcadores de la identidad nacional y excluyentes. En esta línea, Gustavo Hernández Sánchez centra su análisis en los parámetros ideológicos y los principios historiográficos que proyecta el documental *España: la primera globalización del mundo*. El apunte plantea un método de revisión crítica de este tipo de contenidos que proliferan de la mano de la imperionostalgia. Enrique-Javier Díez-Gutiérrez, a partir de su propia práctica y apuesta docente, proyecta el alcance de los neofascismos en el ámbito educativo. El texto aborda cuestiones que se están consolidando en los imaginarios del sistema educativo y que implican la normalización de prácticas e ideas neoliberales, caldo de cultivo en el que se asientan buena parte de las narrativas neofascistas. El siguiente apunte crítico lo firma Pablo Batalla, autor de una de las reflexiones más meritorias publicadas en la última década sobre los perfiles banales y radicalizados del nacionalismo español, *Los nuevos odres del nacionalismo español*. En su texto Pablo Batalla pone el foco en el fenómeno poliédrico conocido como “rojipardismo”, dotándolo de historia y de marcadores comparativos. A continuación publicamos un ensayo de Álvaro Castro Sánchez sobre la importancia que ha tenido la obra de Gustavo Bueno —

Editorial, Un nuevo Leviatán. La reactualización de la barbarie antidemocrática y su escuela de pensamiento— en la extensión de narrativas nostálgicas y ultrapatrióticas, aportando una filosofía de la historia para los partidos de extrema derecha. El penúltimo texto es un ensayo de Raimundo Cuesta, donde dialoga con la obra de Enzo Traverso *Revolución. Una historia intelectual* y problematiza la historia y la memoria de las revoluciones contemporáneas, aplicando un enfoque benjaminiano que integra sus legados con las expectativas de transformación aún vigentes. En el último apunte crítico, Sergio García Pujades reflexiona sobre en torno a conceptos como la poslexia o la hedonia partiendo de las aportaciones de Mark Fisher a la teoría de la educación.

En definitiva, confiamos desde Fedicaria que todos estos materiales contribuyan a pensar el presente, la memoria, las narrativas históricas, las prácticas educativas y los mecanismos de legitimación de estos fenómenos.

Consejo Editorial